

The book cover features a complex, layered illustration. In the foreground, a young boy with a contemplative expression, wearing a headband and having white markings on his face, is shown in profile. Behind him, a larger, glowing figure of a man with a beard and a hat is visible. The background is a dark, atmospheric scene of a city at night, with several vintage aircraft flying in the sky. The overall color palette is dominated by dark blues, blacks, and warm oranges and yellows from the glowing figures and city lights.

—LOS PERROS DEL AIRE— —LA HISTORIA DE MANANA—

Juan Ángel Laguna Edroso

GORGONA PULP EDICIONES



PRESENTA...

LOS PERROS DEL AIRE

La historia de Manana



Los perros del aire: La historia de Manana

Colección: DieselGoth

Primera edición digital: febrero 2017

Código: 9785400038635050106

Autor: Juan Ángel Laguna Edroso

Ilustración de portada: Pedro Belushi

Maquetación y diseño: Kachi Edroso

Corrección de estilo: Elías Fosco

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Gorgona Pulp Ediciones

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A CP 50006

Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Dedicado a todos los compañeros de OcioJoven
y muy en especial a Manuel Mije, alias Canijo,
sin el cual Manana no hubiera volado tan lejos.*

**HÍPÓTESIS
DE UN MUERTO
EN UNA METRÓPOLIS**

Episodio I.- Aviadores, perros del aire

Manana terminó su cuenco de sake y llamó al camarero a gritos. Acababa de volver de la Bahía Sudeste y todo lo que quería era emborracharse hasta emborronar las últimas jornadas, empujar aquel trago con todo el alcohol que se pusiera a su alcance. Aquel lugar le producía una sed espeluznante. *Cosas de la Armada*, como solía decir él mismo hubiera alguien para escucharle o no.

Tras haber anclado su hiryū en la Plataforma Sur, la que llamaban Salto de Vuia, se había dirigido sin preámbulos a la cantina. Ya se encargaría su copiloto, Wudji, de revisar el bimotor y gestionar el papeleo. Habían traído tan solo pescado en salazón, tabaco, maíz, trigo y lana, pero sabía que aun así las discusiones con los burócratas serían tan largas como inevitables. Y no quería verse involucrado en una.

Había otro motivo más por el cual quería emborracharse: la muerte de Noonan, como le recordó su impertinente memoria cuando empezó el

siguiente cuenco. No se permitía reconocerlo, pero tenía un gran aprecio a sus ex compañeros del ejército. El Batallón Alfa, los Dragones de Hierro, había sido durante años su hogar, su familia y el sentido de su existencia. Varias experiencias desagradables, su natural cinismo y la indisciplina en que le sumió la depresión acabaron por apartarlo de ellos. El hueco había quedado allí, aunque jamás lo admitiera.

Ahora era un *freelance*, un autónomo, un lobo solitario, y no podía alzar el vaso por la memoria de Noonan porque sería claudicar después de demasiado tiempo. El guión decía que ya no pensaba en los Dragones, que no se preocupaba por su suerte, que ya nada sentía por ninguno de ellos. Aunque a Noonan lo hubiesen acuchillado como a un perro en una lúgubre iglesia de la barriada sur. Aunque hubiera maldecido a quien lo hizo cuando leyó la noticia. Con un largo trago intentó convencerse de que él no acabaría así.

La llegada de un hombre al local lo sacó de sus sombríos pensamientos. Era un tipo anodino, ni muy alto ni muy bajo. Llevaba la barba mal afeitada y el pelo, a ojos vistas descuidado, se le pegaba a la cara empapada por la lluvia. Sin mirar a nadie fue

directamente hasta la barra, donde se quitó la cazadora de cuero. Durante unos instantes dudó, pues estaba mojada y no sabía dónde ponerla, hasta que al final se decidió por dejarla contra la barra, en el suelo. Cuando el camarero se dignó a atenderle pidió una cerveza en botella con mucha educación. Casi parecía que se sintiese cogido en falta.

Aquel rostro curtido, con los ojos brillantes de perro abandonado, le recordó a Manana al de un sargento de su batallón que fue expulsado por negligencia en el mantenimiento. Tenía unos sesenta años y había servido durante cuarenta y cinco. El piloto nunca olvidaría su llanto silencioso cuando salió, con total discreción, por la puerta trasera. Fue una de esas visiones que se quedan grabadas en el alma.

—¡Compañero! —gritó al desconocido al tiempo que le hacía ostentosas señas con la mano—. Demonios, cuelga aquí tu cazadora. Menos cuesta secar sillas que limpiar cuero.

El desconocido le sonrió agradecido pero algo cohibido. Era bastante más joven que el sargento que se había deslizado en sus recuerdos, pero Manana estaba talmente embriagado que decidió brindarle la mano que nunca llegó a echar al otro.

—Este endemoniado monzón cualquier día derriba la metrópolis y nos sepulta a todos bajo el cemento... —gruñó de un modo amistoso mientras le conminaba a sentarse a su mesa.

—Usted es el capitán Manana, de los Dragones —dijo al acercarse con un hilo de voz y un brillo admirativo en los ojos. *Definitivamente*, pensó el aludido, *he hecho bien en invitarle a sentarse conmigo*.

—¿Nos conocemos? —replicó atusándose su barba leonina en un intento por disimular el orgullo de verse reconocido.

—Trabajé en mantenimiento en Campo VIII. Celebramos juntos el rescate de aquellos colonos de Bahía Sudeste. Me acuerdo como si fuese ayer —se explicó con tono soñador—. Todo aquel derroche de entusiasmo y valentía...

—Y alcohol —le interrumpió Manana. Recordaba vagamente la misión por una medalla que le habían concedido, pero aquella noche podría haber estado bebiendo con el sumo pontífice y no hubiera sido capaz de recordarlo; cuando aterrizó estaba ya borracho como un cargamento de cubas mal estibadas—. Fueron unos días difíciles, con todos aquellos pobres colonos atrapados. Vaya ratonera...

—Oí contar que tuvieron que batirse incluso los pilotos de tantos espectros que había en el campo. Tuvo que ser increíble.

—Sí, bueno —carraspeó Manana—. Algo de increíble siempre tienen esos encuentros.

El aviador se quedó ensimismado, los dedos jugueteando con el cuenco de sake. Era todo un experto en realizar misiones en el exterior de la metrópolis. Atrás había quedado el día en que sus horas de vuelo igualaron a las de descanso en tierra. Había surcado todos los cuadrantes del Sector Sur en las más diversas aeronaves. Se había batido con renegados y con sectarios, e incluso con piratas aéreos. Y en más de una ocasión tuvo que vérselas con espectros. Sin embargo, nunca había conseguido hablar de ellos con ligereza. Eran como una pesadilla hecha realidad. La visión de un esqueleto que se mueve por su propio pie, con esos ojos encendidos en verde, como reflejos de un infierno frío y húmedo... no, aquello era algo que no te podía dejar indiferente.

Manana sabía que los sacerdotes podían controlarlos sin dificultades para obligarlos a trabajar en las calderas de la metrópolis. Incluso había oído decir que se podía solicitar estar presente

durante el proceso de dominación que se realiza cuando el cadáver queda descarnado. Más aún, se rumoreaba que los antiguos ejecutaban todos aquellos rituales en público. No obstante, encontrarse a una de aquellas criaturas caminando en mitad de un campo de maíz, o estrangulando con sus falanges todavía rojizas de su propia sangre a una campesina, era una cosa muy distinta. Tal vez, se dijo, no fuera una aberración hacer ver al pueblo aquellas ceremonias. Él mismo había sido siempre partidario de conocer bien al enemigo.

—Los espectros son el mal encarnado. —Aquella declaración sacó a Manana de su ensimismamiento. Su inocencia le hizo casi sonreírse.

—No, amigo mío. No podemos ser tan simplistas con la realidad. No son el hombre del saco. Son unos seres temibles, pero no los responsables de todos nuestros males. —Eché un trago y se le terminó de aflojar la lengua—. Por ejemplo, hoy he leído que Noonan, uno de los pilotos de mi destacamento, ha aparecido muerto en una iglesia de la barriada sur. En el artículo dicen que fue un espectro el que acabó con su vida. Pero, ¿cuándo se ha visto a uno de ellos empuñar un arma? A Noonan le encontraron una estaca de treinta centímetros en el estómago.

El hombre palideció. Miró a su alrededor y en un tono más confidencial dijo:

—Pero fue la explicación que dio la curia. ¿No querrá decir que mintieron?

—¡Ah, demonios! —exclamó Manana—. Tanto miedo y secretismo. A la curia le importa un pimiento lo que creamos. Los aviadores lo sabemos bien. Somos los perros del aire: ellos tiran el hueso y nosotros corremos a traérselo de vuelta. Más barbaridades que las que decimos del amo en las cantinas no se oyen en toda la metrópolis. Pero eso da igual. Ellos buscan obediencia, y la fe ciega no hace buenos siervos.

—Pero, entonces, ¿por qué iba alguien a asesinar a un piloto en una iglesia? No hay asesinos en la metrópolis. Todos los criminales fueron exiliados.

—Lo que no se puede exiliar es la maldad del hombre. Verás, Noonan estaba metido en asuntos turbios. Lo sé —dijo anticipándose a la pregunta con una sonrisa suficiente— porque yo también recorrí esas calles. El tráfico de vestigios es un negocio muy lucrativo, y los mismos sacerdotes los principales clientes. Quien hace las leyes... —aprovechando que su interlocutor estaba con la boca abierta y no le robaría la palabra, apuró el cuenco de un trago; se

sentía eufórico, superior, tanto que se permitió un nuevo y temerario comentario—. Además, ¿quién puede censurarles la curiosidad? ¿No son ellos, al fin y al cabo, los que nos protegen de todos los demonios del maldito cataclismo? Más reconocimiento y menos desconfianza. Los pseudo intelectuales que se permiten criticar a la iglesia deberían verse cara a cara al menos una vez con un espectro. Es difícil batir a uno. Si les disparas, apunta a la cabeza. Si usas la espada, a las piernas. Pero, hagas lo que hagas, nada te asegura que no se vaya a seguir moviendo.

El hombre guardó un silencio reverencial durante unos instantes, los cuales aprovechó Manana para rellenar su pipa y encenderla recostado sobre las patas posteriores de la silla. Finalmente, deviniendo su expresión desconfiada, el primero preguntó:

—¿No tendrá aquí ningún vestigio? No se ofenda, pero he oído muchas historias de gente convertida en espectros solo por tocarlos.

El viejo piloto rió con ganas. Los vestigios eran piezas de la civilización que ocupó aquellas mismas tierras antes de la fundación de las metrópolis, reliquias de los hombres que dominaron el mundo antes de que el cataclismo les hiciera replegarse tras

los muros de estas. La curia prohibía expresamente adquirir y poseer cualquier objeto que les hubiera pertenecido. Tal vez por ello coleccionarlos se había convertido en una moda de las clases acomodadas. Con la aplastante lógica del mercado, apenas asomaba una demanda, una oferta corría a su encuentro. Muchos aviadores se habían unido al tren de tan lucrativo y peligroso tráfico.

—No, amigo mío. Dejé aquellos negocios hace ya mucho tiempo. No quiero acabar como Noonan; no es final para un hombre. —Manana se permitió una pausa para exhalar algunas volutas de humo mientras paladeaba la admiración de su interlocutor—. Pero no hay por qué confundirse: los vestigios no convierten a nadie en espectro. He convivido con demasiados contrabandistas como para llevarme a engaño. La curia lo sostiene para evitar que la gente se ponga en riesgos innecesarios, y hace bien: la masa necesita respuestas para todas sus preguntas. Si no las tiene, se siente desprotegida. Es como el asunto de la fundación de la metrópolis. Según el calendario, estamos en el año doscientos cuarenta y seis de la nueva era, pero yo conocí gente, viejos aventureros, que todavía recordaban el Gran Éxodo. La curia añadió ciento cincuenta años al

cómputo porque al pueblo no le gusta ser pionero; se sienten más seguros con una buena tradición detrás.

El hombre guardó silencio unos segundos. Después, porque no le interesase aquel discurso o porque le resultase más sugerente el anterior, volvió a preguntarle por los espectros.

—Pero, capitán, no negaré que los espectros abundan en las viejas ruinas...

—Demonios, no. ¡Si hacen falta testigos, seré el primero en jurarlo! He reventado más de una docena de cráneos en mis días como piloto de la Armada valiéndome únicamente de mis propias manos —dijo mientras escenificaba con los dedos engarfiados una poderosa presa para dar énfasis a la idea—. ¿Qué duda cabe de que ruinas y espectros están relacionados? No es por placer que nos refugiamos tras los muros de la metrópolis.

Mientras vociferaba aquella pregunta retórica, su acompañante apuró su cerveza y miró hacia la puerta con aire de perro apaleado. Manana creyó intuir cierto nerviosismo, y pensó que igual le estaba aguantando la perorata por mera educación cuando, tal vez, tenía prisa. En su línea protectora, tomó la iniciativa, pensando que quizás pudiera acompañarle un rato camino de los hangares y

prolongar así el encuentro.

—Vamos, amigo mío: no nos eternicemos. Yo también tengo algunos asuntos que resolver en el Salto de Vuia.

El tipo asintió con una sonrisa agradecida y ambos se dirigieron hacia la barra. Manana se sentía pesado por el alcohol y algo confuso después de haber hablado tanto; a la satisfacción de haber encontrado con quien desahogarse se sumaba una ligera inquietud a la que no conseguía dar forma. Flexionó los hombros para desentumecerse. *Me estoy haciendo viejo*, pensó mientras se atusaba la barba. Oyó entonces abrirse la puerta del local, pero no le prestó mayor atención. Un segundo después, el estallido de una botella y una rociada de cristal contra su hombro lo sobresaltaron. El camarero estaba lívido. Y él, viejo, muy viejo.

—¡Qué diablos...!

Se giró sintiéndose lento como un perezoso, maldiciéndose por la barriga y su sed insaciable, convencido de que ya estaba listo para la fiambarrera. Y entonces vio al hombre con el que había estado compartiendo conversación con el cuello de la botella de cerveza todavía en la mano. En el suelo yacía un tipo, el que acababa de entrar en el local, a

poca distancia de un cuchillo. *Demonios*, pensó, *inconsciente de un solo golpe*.

—¿Sabe quién podría querer atacarle, capitán?
—oyó que decía su salvador.

Manana ni siquiera se planteó la lógica de la pregunta, ni mucho menos las implicaciones. Todavía aturdido, acertó a balbucear una disculpa y, dejando un billete de cien en la barra, salió apresuradamente del local, pasando por encima del intruso sin dedicarle apenas un vistazo. El tipo no le sonaba en absoluto, ni falta que hacía. Después de tantos años en el negocio, sabía que hay gente con la que es mejor poner tierra de por medio. Gente de la que es mejor no saber nada.

Recorrió las angostas callejuelas en las que se hacinaban moteles y tugurios sin dejar de mirar a sus espaldas, cada vez más nervioso, y llegó hasta el Mirador de Poniente convencido de que nadie seguía sus pasos. El sol derramaba sus últimos rayos sobre la plataforma acrecentando la sensación de soledad; apenas se movían algunas siluetas solitarias, mecánicos por fin liberados de sus tareas o mozos de almacén que soñaban con un catre hasta el próximo turno. En lontananza, el majestuoso perfil de las

montañas recortado contra el intenso rojo del ocaso resultaba menos evocador que amenazante. No era el mejor sitio para pararse a recuperar aliento, así que, entre maldiciones, aceleró rumbo a los hangares. En su biplano se sentiría a salvo, y no solo por el revólver que guardaba en la cabina: aquel rompecabezas de hierro y cristal era su auténtico hogar, un rincón donde se sentía tan seguro como en el vientre de una madre.

Una sonrisa se abrió paso entre la barba cuando vio su silueta al fondo del hangar, aunque no tardó en hundirse de nuevo en las simas capilares: recostado contra unas cajas de madera, Wudji aguardaba su regreso. Era la viva imagen del sufrimiento: tenía el rostro empapado en sudor y su piel cetrina estaba lívida. Agotado era un término que se quedaba muy corto ante aquel cuadro. *Maldición*, pensó el viejo piloto, *los problemas siempre vienen a pares*.

Jadeando como una caldera mal ajustada, corrió a su lado, tan preocupado por su pellejo como por el de su compañero de aventuras.

—Demonios, muchacho, ¿qué te pasa? ¿Te has bebido mi reserva de grog? Te advierto que no es el momento de tonterías: me parece que vamos a tener

que levantar el vuelo de inmediato... ¿Has verificado los motores, ajustado las hélices?

—El pájaro está listo, patrón, y los depósitos llenos —replicó con una sonrisa que tenía más de cariño que de convencimiento.

—¿Los depósitos llenos? ¿Qué quieres decir? —inquirió sorprendido por la noticia. Las autoridades aduaneras no dejaban repostar hasta que no se había sellado todo el papeleo para evitar despegues no programados. Siempre se guardaba una reserva en la manga, pero...

Como respuesta el oriental le tendió un sobre de manila con órdenes de vuelo y coordenadas. Manana miró incrédulo a su copiloto y luego hacia el avión, como si estos pudieran tener más respuestas que el propio sobre. Luego ojeó nervioso los documentos, barajándolos como los naipes de una mala mano.

Apenas habían puesto el culo en el nido les llegaba un nuevo trabajo, uno para el que iba a necesitar un nuevo copiloto, a juzgar por el aspecto de Wudji.

Resopló.

Aquello era más que extraño. Incluso con la cabeza embotada por el alcohol y la fatiga se le estaban encendiendo todas las alarmas. Por norma

general, los burócratas obligaban a pasar varios días de inactividad entre vuelos, especialmente durante los monzones. Era una práctica asumida por todos los perros del aire, uno de los múltiples protocolos de seguridad impuestos por la curia en nombre de la sacrosanta seguridad de la metrópolis. ¿Por qué permitirle levantar el vuelo tan rápido? Mejor dicho: ¿por qué lo empujaban de nuevo al ruedo?

Piensa, viejo estúpido, se dijo. Frunció el ceño y se masajeó párpados y cejas. La cabeza le chirriaba como una turbina mal engrasada. Envenenamientos, intentos de asesinato, espectros eliminando viejos compañeros, órdenes inesperadas de la curia... Resopló con más fuerza todavía y sacudió la cabeza. Luego rellenó de nuevo la pipa y se la llevó a la boca. Dio media docena de profundas caladas, hasta que una nube de humo tranquilizador cubrió su cabeza y se fundió con sus pensamientos.

—Maldita paranoia —gruñó.

—¿Qué hacemos, patrón? —La voz apagada de Wudji lo sacó de sus cavilaciones.

—Tú, buscarte una cama donde curarte la gripe.

Y yo, pensó, aclararme la cabeza y dejarme de tonterías. Todas estas ideas raras no son más que espejismos, interferencias.

Como solía decir, hubiera o no alguien para escucharle, *cosas de la Armada*. Cosas contra las que luchar. No podía ver una conspiración en todo lo que ocurría a su alrededor. No podía permitírselo. El tipo del bar era un loco que le había confundido con otro, y aquellas órdenes no tenían nada que ver con el desafortunado encuentro: no eran más que un pedido urgente como tantos otros que había librado. Es más, ¡venían caídas del cielo! Un tiempo lejos de la metrópolis le vendría muy bien para centrarse. Cada vez le resultaban más penosas aquellas aglomeraciones, el hormigón, la luz eclipsada por plataformas y puentes colgantes...

Y lo de Wudji... Solo era una coincidencia, una fiebre de tantas que pululan por los trópicos, en especial durante los monzones. No podía ser de otra forma. Después de todo, él era un simple perro del aire, un piloto siempre listo para ir a buscar huesos. Nadie, en definitiva, que pudiera verse en el punto de mira de oscuras maquinaciones.

Echando humo como un motor tocado de muerte, se acercó a la plataforma de despegue. Para sus adentros se repetía, una y otra vez, que todo iba bien. Y hubiera terminado por creérselo si sus rodillas no hubieran amagado uno o dos malos pasos.

Acodado en la barandilla de la pista, disfrutó de la impresionante vista que brindaba aquel acantilado artificial sintiéndose más pequeño que nunca. Y, al mismo tiempo, preparado para volar.

Episodio II.- Pretorianos, las sombras de la metrópolis

Hargrave salió del bar y descendió a buen paso hacia la base de la metrópolis. Cuando enfiló la primera escalera sacó un pañuelo del bolsillo y, aprovechando que estaba empapado por el monzón, se limpió las manos de sangre y cristales. A los pocos metros, en un túnel, lo tiró en una trituradora de residuos. Sin modificar el paso ni mostrar nerviosismo alguno, el anodino personaje continuó su marcha por el dédalo de callejuelas secundarias que se extendía bajo el Salto de Vuia, una zona donde los pozos de luz no abundaban y que durante la estación de lluvias parecía más una red de alcantarillado que una vía pública. A pesar de lo práctica que resultaba, no era una ruta que le entusiasmara: demasiado sombría y apartada. No obstante, tenía una cita en el monasterio de Nueva Esperanza y no quería llegar tarde. Los trabajos se tenían que realizar con total profesionalidad, aquella era su filosofía. Tendría tiempo más adelante para identificar al hombre del cuchillo.

En la capilla le esperaba Barron arreglando los cirios de los distintos altares. Estaba solo, ningún feligrés a la vista, algo que tampoco le extrañó con el tiempo que hacía, así que sin mediar palabra alguna se introdujo en la sacristía. Hargrave era muy escrupuloso con la discreción. Su trabajo como policía secreto, o pretoriano, como les llamaban familiarmente en la Cúpula, dependía en gran medida de su capacidad para pasar desapercibido. Cualquiera que hablase con familiaridad con un miembro de la curia hubiera llamado la atención, así que prefería meterse a cubierto antes incluso de saludar. Poco después, el sacerdote le siguió al interior y le estrechó la mano con entusiasmo.

—Hargrave, siempre a tiempo—le saludó con una jovialidad que contrastaba con el carácter taciturno de su visitante—. Pasemos a mi despacho; allí estaremos más cómodos.

El pretoriano no se sentía en absoluto incómodo en la sacristía, pero no dijo nada. Las estatuas, relicarios y cálices tenían para él el valor de una tramoya, ni más ni menos: necesaria pero desprovista de su encanto una vez te encuentras entre bambalinas. Por el contrario, la familiaridad del sacerdote lo inquietaba, especialmente en

momentos de trabajo. A su parecer, el joven religioso no llegaba a concebir el alcance y la importancia de su cargo. Era un defecto, pensaba, que se corregiría con el tiempo.

Una vez sentado en una cómoda poltrona de cuero rehusó la copa de licor que su anfitrión había servido sin molestarse en preguntar. Este no se sintió ofendido por el desaire; tal vez un poco divertido, como apuntaban las comisuras de sus labios. Sentándose tras la lujosa escribanía de madera labrada, se metió directamente en materia.

—Bueno, ¿cómo ha ido la entrevista con el capitán Manana?

—Incluso mejor de lo previsto. Había bebido una considerable cantidad de sake y tenía ganas de hablar. Al parecer, la muerte del teniente Noonan le ha afectado considerablemente.

—¿Es posible entonces que conozca a O'Dowd? —preguntó el sacerdote con una nota de inquietud al tiempo que se encendía un cigarrillo—. Noonan y Manana podrían haber conservado el contacto, y eso comprometería la misión...

—Es posible pero resulta improbable que se conozcan. O'Dowd y Manana no se mueven en los mismos círculos, y hemos estudiado los itinerarios

de vuelo del capitán y de Noonan desde que el primero abandonase la Armada y apenas coinciden los sectores en un par de ocasiones. Además, hubiera quedado alguna traza de esos hipotéticos encuentros si en efecto se hubieran producido. Después de todo, el capitán Manana es un piloto, no un conspirador, y no destaca en absoluto por su discreción. —Hargrave hizo una pausa para valorar la impresión que su trabajo iba dando al sacerdote. Cuando creyó que el otro había entendido todas las implicaciones que aquella información conllevaba, indagó sobre uno de los puntos que más le inquietaba de todo aquel montaje—. Debo suponer que O'Dowd sigue siendo el candidato número uno para la misión. ¿Dónde se encuentra ahora?

—Sigue encerrado en el centro de seguridad Base VI. Tendrás ocasión de verlo en persona cuando le entregues sus órdenes esta misma tarde.

Barron dio una calada nerviosa a su cigarrillo. A pesar de que intentaba estar a la altura de su dignidad eclesiástica, Hargrave adivinaba en él, sin dificultad alguna, la desazón que le causaba hacer valer su autoridad sobre sus subalternos; en particular, sobre los pretorianos. Era un defecto, y como tal no lo encontraba divertido, aunque sintiera

una oscura satisfacción al constatarlo e, incluso, el deseo de poner a prueba al sacerdote. De hecho, sus labios se tensaron en algo parecido a una sonrisa.

—Espero que no censure nuestra decisión de mantener a O'Dowd como agente —aventuró en un tono más formal—. Comprenderá que nos resulta de gran utilidad y que no podemos permitirnos sacrificarlo por un mero crimen pasional que, a fin de cuentas, no tardará en ser olvidado.

Un crimen que había causado un gran revuelo en toda la metrópolis, pensó el pretoriano. No obstante, se guardó la apreciación para sí mismo. Podía percibir la tensión de su interlocutor. Incluso le resultaba algo cómico cómo este había pasado a darle el usted, marcando la distancia. Hacía tiempo que aquellos juegos dialécticos tan arraigados en la curia habían dejado de impresionarlo. Contaba con muchos años de fieles servicios a sus espaldas y, como el propio caso de O'Dowd atestiguaba, la Cúpula era reacia a sacrificar sus peones.

—No es una de mis funciones discutir las decisiones estratégicas de la curia, prelado —replicó con total calma y entonación neutra.

—Bien. En ese caso —dijo este, visiblemente más relajado— puede dar aviso al Campo IX para que

preparen el encuentro con O'Dowd. ¿Contamos con Manana como piloto?

—Es el adecuado para el trabajo —asintió Hargrave, divertido ante las ganas de terminar la reunión que mostraba ahora Barron—. Tiene la experiencia y la habilidad suficiente para amerizar en mitad de las ruinas, y el espíritu aventurero para dejarse embaucar por Grey. Además, como él mismo se definió, es un perro del aire; no pondrá en entredicho una actuación de la curia. Muestra un raro respeto por el gobierno de la metrópolis para tratarse de un mercenario...

—¡Magnífico! —exclamó excitado el joven sacerdote—. En ese caso todo marcha a la perfección. Avisa por radio al Campo XII y deja instrucciones precisas para Grey. Después ve a ver a O'Dowd y entrégale este sobre con los detalles de la misión. La semana que viene estaremos brindando por nuestro éxito.

Hargrave apenas esbozó una fría sonrisa de cortesía antes de ponerse en pie y partir a cumplir su cometido. Desde luego, Barron era un gran aficionado a brindar. No le extrañaba el presupuesto que tenía destinado para llenar sus cálices. Lo anotó mentalmente, como el resto de los detalles de

aquellas breve entrevista. Nunca se sabía cuándo podrían revelarse de utilidad.

En los niveles inferiores de la metrópolis, allí dónde se ubicaban las calderas y la maquinaria pesada que proveía de energía y otros servicios básicos a sus habitantes, se encontraban las instalaciones más secretas de la Cúpula. Los engranajes ocultos que permitían el funcionamiento de la sociedad metropolitana se concentraban en aquellos lúgubres pasillos laberínticos, imbricados con los más banales de las bombas de drenaje o las turbinas generadoras. La supuesta presencia de espectros trabajando en estas disuadía a cualquiera de husmear por el lugar: solo miembros del cuerpo de ingenieros y técnicos especializados con pases especiales se asomaban por la zona, y siempre siguiendo rutas preestablecidas y con frecuencia acompañados por agentes de seguridad.

Protegidos de las miradas indiscretas por aquellas medidas, los centros de alta seguridad, las bases de comunicaciones y los laboratorios permanecían ignorados por los ciudadanos de a pie. Aquella ciudadela en la base misma de la metrópolis provocaba un profundo sentimiento de reverencia y

admiración en Hargrave. Como guardián de sus secretos, un gran orgullo lo embargaba cada vez que entraba en sus dominios.

Kendall, el técnico con quien debía encontrarse, se mostraba mucho menos entusiasta que el pretoriano. Años de trabajo bajo tierra le habían agriado el carácter. Ni siquiera le quedaba el consuelo de liberar tensiones hablando, dado que, como miembro privilegiado de la élite, debía medir continuamente sus palabras: la integridad del sistema podía quedar comprometida por cualquier desliz. Aquello lo impulsaba a buscar amistades sin descanso, de un modo casi compulsivo, pues el remordimiento y la duda echaban a perder las precedentes a una velocidad de vértigo.

Hargrave toleraba todas aquellas rarezas porque apreciaba sinceramente el trabajo que realizaba el técnico y aquello, en su esquema de las cosas, era lo más importante. Tal vez lo único importante.

—Buenas tardes, Kendall —saludó palmeándole la espalda con cierto afecto—. ¿Tendrás un minuto para hacerme un par de encargos?

El aludido, un hombre enjuto y algo contrahecho, apartó la mirada de la terminal y le devolvió el gesto de aprecio. Cierta inseguridad en sus ademanes,

como si no estuviera acostumbrado al contacto físico, lo convirtieron en una caricatura.

—Siempre, siempre tengo tiempo para ti, amigo mío —e, indicándole una silla, se ofreció voluntarioso a ayudarlo—. Cualquier cosa. Solo dime qué necesitas y lo encontraremos en un abrir y cerrar de ojos.

Hargrave observó con reverencia el computador. Su pantalla negra iluminada de caracteres verdes como la mirada de los espectros le producía un inconsciente temor. Nunca había sido un buen estudiante, y distaba mucho de entender la utilidad o el significado de los periféricos de aquella terminal. Por fortuna, se decía, no tenía que vérselas directamente con aquella tecnología rescatada del pasado. Para eso estaban los técnicos y los ingenieros, depositarios y guardianes de las ciencias pretéritas.

—Necesito que envíes estos avisos al Campo IX y al Campo XII —explicó tendiéndole dos sobre lacrados— y querría identificar a un hombre de unos treinta años con el que he tenido un altercado hace unas horas.

—Nada más sencillo. Solo necesito saber en qué zona os encontrabais. Consultaré las grabaciones de

hoy y en seguida sabremos de quién se trata. Dame solo media hora y tendré todo resuelto.

—Muchas gracias —replicó con una cálida sonrisa Hargrave—. Ahora tengo que hacer una visita al centro de seguridad. Hablaremos más tarde.

—Solo dame media hora —apuntilló el técnico con la mirada ya perdida en las profundidades del terminal—. Solo media hora.

O'Dowd era el tipo de persona que desagradaba abiertamente a Hargrave. El joven, de apenas veinte años, tenía el aspecto de un efebo aderezado con una inquietante mirada diabólica. Aun recostado en el catre del calabozo parecía estar tomando el sol en alguna cómoda terraza ajardinada de los niveles superiores. El pretoriano no soportaba a la gente que se tomaba el mundo a la ligera, y aquel muchacho parecía no acusar en absoluto la gravedad de sus actos. Un asesinato en una iglesia era un asunto muy serio que podía acarrear graves problemas no solo a los implicados, sino a toda la metrópolis. Le indignaba que pareciera tomárselo a broma.

—Aquí tienes tus órdenes, O'Dowd —le informó escuetamente tendiéndole el sobre que le había dado Barron.

El joven no hizo mención de cogerlo. Aquello irritó todavía más al pretoriano. Con desprecio, le arrojó el sobre a la cara.

—La curia te ofrece una oportunidad única de redención; haz lo que quieras con ella.

O'Dowd se revolvió y se puso en pie con violencia. Tenía los puños crispados y apretaba los dientes como un perro de presa, tenso, a punto de lanzar una dentellada.

—¿De qué debería redimirme, pretoriano? Dime —lo desafió buscando su mirada.

—Si lo que quieres es mi opinión, te diré que no te creo capaz de hacerlo. Es más: si estuviera en mi mano, te habría enviado ya a las calderas. No tiene sentido hablar de tus culpas cuando tú no las consideras tales.

Hargrave se dio media vuelta y se encaminó hacia la salida del calabozo. Tenía cosas más importantes que hacer que discutir con aquel mocoso. Por eso no se volvió siquiera cuando este le espetó:

—Disfrutas con el trabajo de verdugo, ¿eh, pretoriano?

—Imagino que tú preferirías vivir en el caos de los tiempos pretéritos, O'Dowd —respondió alejándose con deliberada lentitud, exhibiendo un paso firme—.

Hubieras sido un magnífico violador y reputado asesino...

No temió un ataque por la espalda a pesar del patente odio que emanaba del muchacho. No tenía los arrestos, pensaba Hargrave, para atacar a un pretoriano. Era del tipo ladrador.

Asqueado tras aquella breve entrevista, pero orgulloso de su propia integridad, volvió sobre sus pasos para reencontrarse con Kendall. El técnico no le había defraudado: sobre su mesa aguardaba ya toda la información recopilada sobre el sujeto del bar.

—Su nombre es John Rizal. Pertenece al Comando Reformista —informó satisfecho a su amigo—, una sección escindida de la Guerrilla Progresista Libre. Abogan igualmente por la participación de un mayor grupo poblacional de base en las actividades de investigación, pero disienten en el modo de organizar el gobierno. Tienen fuertes tendencias anti-curia que no eran tan marcadas en el grupo original.

Hargrave asentía a medida que procesaba aquella información y memorizaba la dirección del sujeto, los locales en los que se reunía con sus camaradas y

el aspecto físico de los distintos integrantes. Podría tratarse de una casualidad, pero su instinto le decía que aquello estaba relacionado con el asesinato de Noonan. Después de todo, ¿no era O'Dowd un asiduo de las tertulias de la GPL? Tendría que investigar aquella línea.

—Si vas a ir tras ellos —le dijo Kendall en tono divertido— pide algún apoyo. Suelen ir armados y no querría que te perdieses la fiesta de la semana próxima. Mi mujer está muy ilusionada con la promoción del novio de Stella. Solo tiene catorce años y ya va a entrar en la Escuela Técnica. Nunca entenderé qué es lo que ve en mi hija...

Otra de las constantes del técnico era despotricar de su única hija. Hargrave la conocía en persona y le había parecido una muchacha de lo más anodino, lo más alejado de una adolescente problemática o complicada. No llegaba a adivinar qué motivaba la repulsa del padre.

—Ten por seguro que iré a la fiesta. Será un placer encontrar de nuevo a tu familia —repuso con una sonrisa conciliadora para evitar ahondar en el tema.

—Y no te preocupes: solo estaremos miembros de la Cúpula. Bueno, y el chico, que es ya casi uno de los nuestros...

Hargrave asintió en silencio mientras se iba. Había nacido en el seno de una familia de la élite y para él su posición social implicaba un servicio a la metrópolis, una responsabilidad heredada que había que honrar. No participaba, por lo tanto, de las obsesiones de los técnicos venidos de la base. En el caso de Kendall tendía a no darle importancia. Había muchas cosas que no compartía con él, pero hacía bien su trabajo. Y eso, en el fondo, era lo único que le importaba.

Dos días más tarde, Hargrave sorprendía a Rizal en un paso bajo nivel de la Barriada Sur.

Había sido un trabajo delicado, pues la Guerrilla Progresista Libre contaba con muchos jóvenes de buena familia entre sus filas. Una actuación demasiado expeditiva podía degenerar en serios problemas políticos y acabar enfrentando a las principales facciones de la Cúpula, algo que no beneficiaría a la estabilidad de la metrópolis. Por ello los pretorianos estaban acostumbrados a utilizar mucha mano izquierda con los revolucionarios, y hasta se veían abocados a hacer uso de argumentos conciliadores más propios de la curia.

Al final, tras comprobar la proveniencia humilde

de Rizal y sus débiles vínculos con miembros de la Cúpula, Hargrave había decidido tenderle una emboscada. Bien oculto en un portal del paso a nivel, en el trayecto habitual de su víctima, aguardó con paciencia hasta que esta asomó por el pasaje. Como muchos otros jóvenes, el tal Rizal no parecía consciente de dónde se había metido.

Antes de que se hubiera dado cuenta de la presencia del pretoriano, este ya le encañonaba la nuca al tiempo que le mantenía un brazo inmovilizado con una dolorosa presa. Con la suficiente brutalidad para que el otro no intentase siquiera revolversse, lo condujo al interior de un canal de aguas pluviales.

Allí nadie iba a molestarles, y eso era todo lo que necesitaba el pretoriano.

Arrojó a su prisionero al suelo y accionó el percutor del revólver. Su siniestro chasquido resonó en el túnel, un mecanismo de muerte que se carga como una amenaza primordial. Durante unos instantes, Hargrave dejó que creciese su miedo. Aquello le facilitaría el interrogatorio. Por experiencia, sabía que librar a un detenido a sus propios temores era más eficaz que cualquier amenaza: sin excepción, todos lo consideraban capaz

de hacer cosas mucho peores que las que en realidad tenía en mente.

Al ver la cara de pavor del joven se sonrió, pero esta sonrisa no tardó en borrarse por completo: Rizal tenía un brillo extraño en la mirada, y esta clavada en algún punto a sus espaldas. Con la sensación de haber percibido un movimiento tras él, y quizás el arañar de una piedra contra la pared, contempló cómo un pánico extraño, que no se correspondía con la situación, seguía creciendo en su víctima.

Cuando esta empezó a gritar dominado por un terror ancestral, Hargrave se giró apuntando a la penumbra, contagiado de aquel espanto desatado, pero allí no había nada.

Nada, a excepción de una palabra pintada en verde sobre el muro, apenas dos letras que se adivinaron siniestras con aquella banda sonora de alaridos.

AS.